

portantes se dio precisamente en los años 60-70, en Estados Unidos y Europa, años de esperanza y expansión económica, y que ahora nos ubicamos en un contexto económico diametralmente opuesto. Pero, en nuestra opinión, no se trata de enfrentar al Estado omnipresente con movimientos importantes, como desea Touraine, sino ver las modificaciones concretas de estos micro-movimientos alternativos multiplicados que impregnan toda la sociedad. Lo microsociedad modifica así creencias, manera de vivir, modo de enfrentar y concebir al Estado, modo operacional de la democracia interna, existente en movimientos generalmente autoadministrados y desconfiando de aparatos centrales. Dicho de otra manera "la revolución ya está hecha", como nos recuerda Toni Negri, el teórico izquierdista italiano recién salido de la cárcel como diputado del Partido Radical (un ejemplo de partido federalizador de diferentes movimientos o luchas concretas a nivel nacional). En su opinión, la cuestión de la administración de la producción sin patrones, de la justicia y de toda la sociedad ya ha madurado en la conciencia de la mayoría de los ciudadanos y —diríamos nosotros— ha probado su viabilidad a través de diferentes experimentos alternativos.

¿Por qué nos interesan estas experiencias en México? Primero, porque movimientos de este tipo ya existen (feministas, homosexuales) o empiezan a aparecer aquí (ecologistas, antinucleares). Segundo, porque a pesar de las realidades todavía bastante pesadas del autoritarismo y estatismo, la occidentalización de la vida nacional (reforma política, lenta consolidación de la sociedad civil) ofrece un marco indispensable y necesario para la aparición posterior de estos movimientos. No se trata, obviamente, de "copiar de Europa", sino de entender, analizar y comprender en el marco de la vida del país estas iniciativas y movimientos que permiten al militante o al simple ciudadano no sólo resistir con-

tra el Estado y las burocracias de todo tipo, sino además ir creando aquí y ahora la sociedad futura.

Jorge Rouvalis

GORZ, André (compilador):
Critica de la división del trabajo.
 Laia, Barcelona, 1977.
 (2a. Ed. francesa, Seuil, París, 1973, 295 pp.).

André Gorz es un teórico austriaco que vive hace largo tiempo en Francia. Amigo y colaborador de Sartre ha estado en el comité de redacción de la revista *Les Temps Modernes*, y en los últimos años se desempeña como subdirector del semanario de izquierda *Le Nouvel Observateur* donde ha publicado multitud de artículos sobre temas ecologistas con el pseudónimo Michel Bosquet. Traducidos al español, se pueden encontrar varios libros suyos: *Ecología y política* (El Viejo Topo), *Ecología y libertad* (Gustavo Gili) y *Adiós al proletariado*, además del que aquí se comenta. Sus centros de interés son pues por una parte las condiciones de una transición al socialismo en los países occidentales y la naturaleza de este socialismo, así como los problemas ecológicos relacionados con el capitalismo y el socialismo por venir.

Gorz sirve aquí de compilador de diferentes textos divididos en dos partes: la primera se intitula "Desarrollo y crisis de la división capitalista del trabajo" y contiene ensayos de K. Marx (*El Capital*, Libro 1o., cap. XII y XIII sobre la manufactura y la fábrica automática), del profesor norteamericano en Harvard Stephen Marglin (*Origen y funciones de la parcelización de las tareas*), del mismo Gorz

(El despotismo de fábrica y su porvenir) y de D. Pignon y J. Querzola (*Dictadura y democracia en la producción*). La segunda parte, intitulada "Para vencer la división capitalista del trabajo" incluye textos de M. Maccio (*Partido, técnicos y clase obrera en la revolución china*), del grupo italiano II Manifiesto (*Para cuestionar el papel de los técnicos*), del sindicalista metalúrgico italiano A. Lettieri (*La fábrica y la escuela*) y del mismo Gorz (*Técnica, técnicos y su lucha de clases*). Se trata en su mayoría de textos publicados originalmente en la revista *Les Temps Modernes* a principios de los años 70.

El ataque se observa desde el prefacio: La división capitalista del trabajo es la fuente de todas las alienaciones. "Estropea al obrero y hace de él una especie de monstruo (...) Subdividir a un hombre es asesinarlo (...) La subdivisión del trabajo es el asesinato de un pueblo (...)" dice Marx definiendo el problema. Y por supuesto el comunismo no es otra cosa sino el movimiento que suprime esta división del trabajo, observa Gorz. Junto con las conocidas observaciones de Marx en *El Capital*, el profesor S. Marglin observa para el periodo del nacimiento de la gran producción capitalista y Pignon, Querzola y Gorz para la situación actual, que la parcelización y especialización de las tareas, la escisión del trabajo manual e intelectual, la monopolización de la ciencia por las élites, el gigantismo de las instalaciones y la centralización de los poderes que la sigue, nada de todo eso es necesario para una producción eficiente. En otras palabras, para el capital, toda organización del trabajo debe ser al mismo tiempo una técnica de producción y una técnica de dominación patronal de los que producen (p. 11 de la ed. francesa). Producir y dominar, son los objetivos burgueses. Así, el cambio socialista, la apropiación colectiva de los medios de producción significa según Gorz una modificación radical de la *manera* de producir: no

hay técnica neutra, ni organización del trabajo universal. Para el obrero, hacer la revolución significa reapropiarse de su cuerpo, su tensión nerviosa, su integridad intelectual y cultural en el seno del trabajo, en pocas palabras imponer un poder de *autodeterminación del proceso de trabajo* (p. 15). Se trata pues de romper con los aparatos institucionales de producción e intercambio, que por su concepción misma no se prestan a este control de los productores asociados, sino a aquél del Estado.

Es el error en que incurre el joven poder soviético: adoptando tal cual el taylorismo capitalista, haciendo suyas las finalidades de la acumulación industrial (para "alcanzar y rebasar" al capitalismo) reprodujo al final condiciones de trabajo que en nada difieren de la alienación obrera en occidente. Si no existe el poder de autodeterminación en la producción, el poder de clase del proletariado (su dictadura, su Estado) será meramente nominal y abstracto. Gorz presenta y acepta las proposiciones de Ivan Illich sobre la sencillez de los instrumentos convivenciales que pueden ser utilizados para promover relaciones convivenciales, renunciando a las grandes unidades que producen a gran escala.

Los análisis de Marglin lo demuestran: la organización jerárquica del trabajo no tiene como función social la eficacia técnica, sino la acumulación. El capitalista es el que coordina los esfuerzos por separado de sus obreros, obteniendo así un producto mercantil. El obrero ya no tiene ningún control sobre la producción: es el capitalista quien decide qué cosa y en qué cantidad habrá que producir.

Sumamente interesantes son los análisis de Pignon y Querzola sobre dos experiencias estadounidenses de enriquecimiento y ampliación de tareas en dos empresas grandes de este país. Demuestran que los mismos capitalistas están conscientes de lo poco atractivo y aburrido del trabajo parcelizado,

que se manifiesta por altos índices de deserción (*turnover*) y ausentismo obrero (25% de *turnover* en Ford en 1969 y entre 5 y 10% de ausentismo en Chrysler, Ford, y General Motors). Ahora se trata de interesar al obrero o empleado por su trabajo, hacerlo responsable de una serie de operaciones y frente a una parte de la clientela. Según los autores, es un relativo abandono de la subordinación en la esfera de la producción para pasar a una subordinación social más general (a través del entorno social autoritario). Sin embargo, hay que decir que son experiencias no generalizadas todavía a todas las empresas capitalistas, sino aisladas en algunos casos concretos (American Telephone & Telegraph, Volvo, etc.). Como lo observa el mismo Gorz (p. 100 de la ed. francesa) el sentido de estas nuevas formas de organización no despóticas depende de la relación de fuerzas que impera durante su introducción. Si son impuestas por iniciativa patronal, previendo y queriendo contrarrestar una posible revuelta obrera, pueden ser rentables para el capital y consolidar su hegemonía por lo menos por un periodo. Si en cambio son introducidas o exigidas al calor de las luchas obreras (otoño caliente 69 en Italia, experiencias en la Fiat) son combatidas por el patrón como un contrapoder obrero inconciliable con el suyo.

En la segunda parte, los autores italianos describen el esfuerzo desplegado durante la revolución cultural china para acabar con los privilegios y el estilo de vida de los intelectuales "técnicos y expertos" (esfuerzos por supuesto abandonados por la actual dirección del PCCh), tratan de formular un posible cuestionamiento de los ingenieros y técnicos

de su propio papel en situaciones concretas *dentro de la producción*, sin dejarlo en la esfera de la vida extra-fábrica (militancia en partidos de izquierda) y negando toda la filosofía de la eficacia que los hace ejecutar ciegamente los proyectos patronales. Hay que notar aquí, que estos análisis sobre la ambigüedad de los miembros de la "nueva pequeña burguesía" los desarrollaría posteriormente con éxito N. Poulantzas en "Las clases sociales en el capitalismo actual". Finalmente cuestionan (Lettieri) el papel de la escuela como elemento de calificación profesional, introduciendo temas como la supresión del trabajo "por resultados", el derecho a la escuela para los trabajadores, etc.

En el último ensayo de esta parte, Gorz observa que la organización científica del trabajo (taylorista) es sobre todo la destrucción científica de toda posibilidad de control obrero y basándose en experiencias de autogestión técnica en algunas empresas británicas, aboga por la autogestión generalizada (social) que por supuesto es incompatible con el sistema capitalista. Habiendo descubierto los obreros que pueden asumir la mayor parte de la gestión del proceso del trabajo, han descubierto que los "suboficiales de la producción" (en contra de lo que sostenía Marx) son unos parásitos. ¿Por qué no echar la culpa a los grandes parásitos?

En resumen, un libro indispensable sobre el tema, que aunque no lo agote, ofrece elementos muy valiosos para describir lo que es la división capitalista del trabajo, y cómo y en qué condiciones acabar con ella. 🐞

Jorge Rouvalis